

Todo... ¡por mis hijas!

La esposa de un febril admirador de Maradona tuvo mellizos, y el fanático le puso de nombre a cada una de sus hijas “Mara” y “Dona”. Este ejemplo (como en infinidad de otros ejemplos) no hace más que reafirmar el acierto del autor al sostener que su gran postulación en la obra sobre el ídolo argentino, titulada “El nombre de DIOS” –que es justamente la postulación de la *función del nombre*-, es la clave donde se encuentra el poder de su inmenso y misterioso magnetismo, más allá de su inmenso genio.

Esto que hizo este hincha maradoneano, como lo que hacen tantos otros fanáticos de tantas otras maneras, demuestra que el amor que profesaba no era exactamente hacia la persona del jugador adorado, sino hacia el significante del nombre que sostiene el semblante de lo que él (el jugador) –o mejor dicho, de lo que Él (Dios)- representa para él (el hincha).

Lo que ha hecho aquí el idólatra argentino –identificado al mismo padre que idolatra- es sustituir su amor por el nombre “Maradona” (que es *su amor por nombrar a Dios*) con el amor por nombrar ahora a *su nuevo amor*: sus hijas. Que es otra forma de nombrar a “Mara-Dona”. Al padre, que ahora es él. (el padre y El Padre).